

La traducción literaria en el mundo árabe: teorías y métodos

Rosario Montoro Murillo
Universidad de Castilla-La Mancha.

Cuando se habla de la traducción en el mundo árabe y de los problemas a los que se enfrenta el traductor de obras literarias hay que remontarse a la obra del célebre prosista de Basora al-Yahiz (776-868).¹ cuyos planteamientos teóricos, que muestran un profundo sentido crítico, han servido de base para el resto de los autores. Entusiasta de la cultura clásica y de la necesidad de que los árabes la conocieran, señala la importancia de la traducción en el progreso de la civilización y recomienda que se traduzcan obras griegas, persas e indias. No obstante, reconoce las dificultades para conseguir una traducción buena, correcta y auténtica.

Durante el siglo IX se desarrolló en Bagdad una importante escuela de traducción encabezada por Hunayn Ibn Ishaq (n. 809)² que, junto con otros compañeros, tradujo numerosas obras filosóficas y científicas, principalmente griegas. Hizo algunas anotaciones y observaciones sobre su fructífera producción traductora, pero no estableció unos principios teóricos importantes. Sin embargo, sí es interesante destacar su opinión, quizá un poco extraña, acerca de que la traducción no sólo depende del traductor sino también de los lectores a los que va dirigida pues hay que tenerlos en cuenta, como afirma en la epístola que envió a `Ali-ibn Yahya:

Para quién he traducido cada uno de esas obras y en qué época de mi vida lo he hecho, son dos asuntos que se necesitan saber porque la traducción solamente depende de la fuerza del traductor de la obra y para el que se traduce.³

A pesar de no haberse dedicado a la traducción, al-Yahiz en su conocida obra *Kitab al-hayawan (Libro de los animales)*⁴ reflexiona, en pocas páginas pero importantes, sobre el problema de la traducción y establece unas normas que considera indispensables para el traductor. Se centra principalmente en

dos aspectos fundamentales: buen conocimiento del tema y perfecto dominio de la lengua.

Como condición primera e imprescindible para obtener una traducción correcta y satisfactoria exige que el traductor conozca muy bien el tema de la obra que va a traducir, y además que tenga una formación y unos conocimientos muy parecidos al autor traducido, como señala: “El traductor debe tener la misma claridad de exposición y el mismo nivel de conocimiento que el autor traducido”.⁵

Otra condición necesaria es que el traductor conozca y tenga buen dominio de las dos lenguas: la lengua de origen y la de término: “Conviene que sea una persona que conozca muy bien la lengua de la que traduce y a la que traduce”.⁶ Hace hincapié en que el hecho de que el traductor sea bilingüe no facilita en absoluto su labor porque corre el peligro de confundirse y cometer errores, ya que cada lengua tiene sus características, peculiaridades, sintaxis y estructura:

¿Cómo podría dominar las dos lenguas reunidas en él con la misma capacidad que tendría en solo una? No tiene más que una fuerza y si habla una única lengua esa fuerza se centra en ambas. Asimismo si habla más de dos lenguas, la traducción en cualquier lengua se resentirá de eso.⁷

Incluso señala el fenómeno de las interferencias lingüísticas entre lenguas porque “sabemos que comete una vejación en las dos porque una lengua atrae a la otra, se sirve una de la otra y se oponen”.⁸

Además de estos principios básicos que establece, considera que la complejidad de la traducción difiere según el tipo de obras, porque no se puede comparar un libro de geometría o astronomía con un texto religioso o un texto poético en los que las dificultades son enormes e incluso los fallos más graves: “Cuanto más difícil y ardua sea la ciencia y pocos los que la conocen, más difícil será para el traductor y más fácil será cometer errores”.⁹ En este sentido, al-Yahiz subraya la casi imposibilidad de traducir textos poéticos:

La poesía no se puede traducir ni se debe traducir. Si se traduce, su estructura poética se destroza y el metro se elimina. Su belleza desaparece y se pierde la emoción del tema. Con la prosa no ocurre eso.¹⁰

A estas condiciones importantes el autor añade, aunque en la actualidad ya no existe este problema, la obligación del traductor de conseguir un manuscrito de buena calidad para evitar en la medida de lo posible errores de interpretación que, en muchas ocasiones, se producen por los fallos cometidos por los propios copistas.

Este proceso que al-Yahiz hace de la traducción y las exigencias que pone—dominio total de dos lenguas, mismos conocimientos autor traducido y traductor, y fidelidad incondicional al pensamiento del autor— refleja la inquietud

de un purista de la lengua, que es sensible al poder de la palabra e intenta prevenir a los traductores, y también lectores, para que no caigan en los artificios de la lengua.

A pesar de que al-Yahiz cita a algunos conocidos traductores coéneos como Ibn al-Muqaffa',¹¹ Ibn Qurra e Ibn Wahili, que tradujeron al árabe obras de Aristóteles, y Jalid, traductor de Platón, no alude en absoluto a las técnicas ni a los métodos que utilizaron. Sin embargo, cinco siglos más tarde Salah al-Din al-Safadi (m.1362)¹² en la obra *al-Gayt al-Musayyam fī Sarh Lamiyat al-`Ayam*¹³ analiza, en pocas líneas, la forma de proceder de estos traductores y distingue dos métodos.

El primero, utilizado por Yuhanna ibn al-Bitriq, Ibn al-Na`ima al-Himsi, compañeros de Hunayn ibn Ishaq y traductores de Aristóteles, consistía en traducir palabra por palabra, es decir, una traducción totalmente literal, sin prestar mucha atención al sentido general del texto. Tomaban una palabra griega y su significado, luego buscaban un término sinónimo en árabe y lo escribían, y así sucesivamente hasta completar el texto. Pero este método, según al-Safadi, no era correcto ni bueno por dos razones:

Una, porque no se encuentran en árabe palabras equivalentes a todas las palabras griegas, y de ahí que en la traducción al árabe queden muchos términos griegos como están. La segunda, porque la sintaxis y la estructura de las frases no se corresponden siempre con las de la otra lengua; y además se producen confusiones por el uso de metáforas que son abundantes en ambas lenguas.¹⁴

El segundo método, utilizado por Hunayn ibn Ishaq y al-Yawhari, consistía en comprender bien el texto y captar el sentido y la intención del autor, y no traducir literalmente, como él mismo dice:

Se trata de leer una frase y comprenderla. Luego se traduce por la frase que le corresponda tanto si las palabras son equivalentes o diferentes. Este método es excelente. Por eso, los libros de Hunayn ibn Ishaq no tuvieron que ser corregidos, excepto los de matemáticas porque no les daba importancia.¹⁵

En la segunda mitad del siglo XIX, durante el Renacimiento Árabe o Nahda, se produjo un movimiento de traducción bastante intenso en Egipto. Se tradujeron al árabe numerosas obras de la literatura europea realizadas por escritores tan conocidos como Rifa`a al-Tahtawi (1801-1872),¹⁶ Sulayman al-Busta-ni (1856-1925),¹⁷ Mustafà Lutfi al-Manfaluti (1876-1924),¹⁸ Hafiz Ibrahim- (1871-1932),¹⁹ Jalil Mutran (1870-1949),²⁰ Ahmad Hasan al-Zayyat (1885-1968),²¹ Taha Husayn (m.1973).²² Estos autores no desarrollaron una teoría general sobre la traducción sino que cada uno habló de su experiencia como traductor. Hicieron algunas observaciones y reflexiones sobre sus propios trabajos y los de sus compañeros y describieron el método que consideraban más apropiado.

En este sentido, destaca el análisis del escritor y hombre político Sulayman al-Bustani,²³ quien está muy de acuerdo con el texto de al-Safadi porque, en su opinión, son los métodos en los que se han basado siempre los traductores y hasta el siglo XX no ha habido otro que haya superado los anteriores.

Coincide en que el primer método no es el más adecuado desde el punto de vista temático, porque en realidad no se llega a percibir el auténtico sentido del texto ni tampoco a comprender la intención del autor. Añade además que a veces al estar únicamente pendiente de la palabra, desaparece la belleza de la sintaxis:

Las frases, según el primer método, alteran la sintaxis e invierten la posición porque lo que debe preceder en una lengua, tiene que posponerse en la otra; y lo que se debe anotar en el original, se debe considerar en la traducción, etc. Y entonces no hay belleza, ni precisión, ni expresión ni fluidez.²⁴

Concluye afirmando que quien lee una obra traducida por este método, ya sea un lector “de la aristocracia o del pueblo”, como él mismo dice, jamás quedará satisfecho, e incluso se aburrirá porque no llegará a terminar una página. Este método sólo es útil desde el punto de vista lingüístico, para quien estrictamente busca la palabra y no el sentido general del texto.

Igual que al-Safadi, mantiene que el segundo método es el más correcto y conveniente porque se obtiene el sentido de la obra y se comprenden las intenciones y deseos del autor. Además se consigue un trabajo bueno, que se corresponde tanto con la lengua de término como con la tendencia de los lectores. De este modo, cuando el lector lee una obra traducida por este método, solamente lo hace en la lengua traducida y no en la lengua de origen.

Además de analizar el método que ha seguido, hace unas importantes reflexiones sobre la traducción y establece unos principios que considera básicos. Para él, el traductor debe ser una persona responsable, reflexiva y erudita que busque ante todo la verdad, la exactitud y la perfección, y además que conozca muy bien el proyecto que tiene ante él porque:

Aquel que obra libremente, añade o quita sentido a su gusto, y entonces la traducción será mala y estropeará el original. Quien se da mucha prisa, no dedica el tiempo suficiente en reflexionar en la intención del autor, ni comprende bien las frases, y entonces las traduce según le parece a simple vista y cambiará por supuesto el significado.²⁵

Otro principio importante es que hay que ser fiel y conservar, en la medida de lo posible, el original, y no añadir ni suprimir palabras o versos que pueden modificar las ideas y pensamientos del autor:

He visto que algunos versos han sido eliminados, y otros han mejorado e incluso han aumentado tanto que de cuatro versos han compuesto treinta y cuatro y les han dado un sentido que ni al propio Homero se le había pasado por la imaginación.²⁶

Sostiene además que se deben evitar las palabras inusitadas, rebuscadas e ininteligibles para que la traducción no resulte pesada y aburrida y esté al alcance de cualquier lector.

Y por último hace referencia a las dificultades con las que se ha enfrentado al traducir la *Ilíada* en versos árabes, y cómo ha procedido cuando ha encontrado palabras que no tenían sinónimos en árabe y, en concreto, en todo lo que se refiere a la mitología griega.

En esta misma línea de fidelidad y rigurosidad al texto de origen, destaca la opinión del gran maestro de las letras egipcias Taha Husayn. Para él, el traductor tiene un papel muy importante aunque arriesgado, porque ante todo debe olvidarse de sí mismo e incluso anular su personalidad y contentarse con la posición de intermediario entre el autor y el lector:

El traductor no es el lector tranquilo ni el productor ilustre sino que es una unión entre dos hombres: no tiene la suerte del descanso del primero ni tiene la dicha de la fama del segundo sino que es un fiel, influyente y seguro servidor que lleva al lector a saborear la belleza y grandeza del arte. En las obras importantes de los ilustres escritores y filósofos abre nuevos caminos a los entendimientos y corazones de la gente.²⁷

Como condición principal exige que el traductor de obras literarias y artísticas no sólo debe limitarse a traducir bien de una lengua a otra sino que también debe ponerse en el lugar del autor; sentir y ver las cosas tal y como él las sintió y percibió y reflejar sus ideas:

También debe ponerse en el alma del autor y trasladar a la gente su percepción, sensación, sentimientos, inclinaciones y sus pasiones como las encontró el propio autor.²⁸

En el proceso de traducción que Taha Husayn defiende hay que destacar tres principios básicos que, en general, coinciden con los señalados por Sulayman al-Bustani: ser riguroso y no eliminar ningún texto, reproducir fielmente el original y conseguir una traducción perfecta y, por último, evitar el uso de palabras extrañas y raras que resulten difíciles de entender y que no reflejen el espíritu de la época en que fue escrita la obra, o como señala en su comentario sobre la traducción *Los miserables* del egipcio Hafiz Ibrahim:

Reprochamos a Hafiz. tres defectos: exceso de palabras extrañas, suprimir completamente algunos textos y deformar tanto que se diferencia fuerte y débilmente uno de otro.²⁹

Paralela a esta tendencia surge otra corriente, cuyo representante máximo es el autor prolífico Rifa`a al-Tahtawi, que propugna una traducción menos literal y más general, o como la define el tunecino al-Munsif al-Yazzar, *al-Taryama al-taljis*.³⁰ Ya no se busca la exactitud y perfección de los escritores

anteriores sino que más bien se trata de hacer una adaptación al árabe, en la que lo importante es obtener el sentido general de la obra, como dice al-Tahtawi: “Le di otra forma literaria; incorporé analogías poéticas e inserté sentencias e ideas tanto en prosa como en poesía”.³¹

Además defienden que el traductor, si lo considera conveniente, es libre de añadir o suprimir texto. En este sentido, es interesante aludir a las palabras del conocido Mustafà Lutfi al-Manfaluti:

Conservé el espíritu del original por completo y me puse muchas limitaciones porque sólo soporto suprimir algunas frases que no tienen importancia o añadir algunas expresiones a las que me veo obligado por la necesidad de la traducción y de la adaptación y por la armonía de los objetivos y sentidos sin alterar el original o salirme de su círculo. Y quien lee la traducción árabe lee el original francés salvo con la diferencia de estilo que hay entre las dos plumas y la capacidad de los dos escritores.³²

Como se puede observar a través de este breve estudio, el problema de la traducción es un tema que ha preocupado en todo momento en el mundo árabe, y que las cuestiones teóricas también han estado siempre presentes tanto en el traductor como en el teórico de la traducción porque ambos buscan ese equilibrio que se desea mantener entre la fidelidad al texto de origen y el objetivo, que es la plena comprensión y la consiguiente aceptación del lector.

NOTAS

1. Sobre la vida y obra literaria de al-Yahiz, véase Ch. Pellat, *Encyclopédie de l'Islam*, v. II, París, G.P. Maisonneuve Larose, 1965, p. 395-398.
2. Sobre la actividad traductora llevada a cabo por Hunayn Ibn Ishaq, véase M. Salama-Carr, *La traduction à l'époque abbasside. L'école de Hunayn Ibn Ishaq et son importance pour la traduction*. Paris, Collection Traductologie, n. 6, 1990.
3. Hunayn Ibn Ishaq, “Risala ilà`Ali Ibn Yahyà fi dikr maturyima min kutub Yalinus bi`ilmi-hi wa ba`d ma lam yutaryam”, editado por G.Bergsträsser, en *Über die Syrischen und Arabischen Galen-Übersetzungen*, v. XVII, Leipzig, 1925, p. 5 del texto árabe.
4. *al-Yahiz, Kitab al-hayawan*. Ed. por `Abd Salam M. Harum. El Cairo, Matba`at Mustafà al-Babi, 8 vols.
5. *Kitab al-hayawan*, v. I, p. 76.
6. *Ibidem*, p. 76.
7. *Ibidem*, p. 76-77.
8. *Ibidem*, p. 77.
9. *Ibidem*, p. 77.
10. *Ibidem*, p. 75.

11. Autor de la primera versión al árabe del *Kalila wa Dimna*.
12. Sobre la vida y obra de Safadi, véase F. Krenkow, *The Encyclopaedia of Islam*. Leyden, v. IV, 1934, p. 52-54.
13. *al-Gayt al-Musayyam fi Sarh Lamiyat al-`Ayam*. El Cairo, 1305/1887.
14. *Ibidem*, p. 46.
15. *Ibidem*, p. 46.
16. Traductor de *Les aventures de Télémaque de Fénelon*.
17. Tradujo *La Ilíada* en versos árabes.
18. Tradujo *Paul et Virginie* de Saint Pierre Bernardin.
19. Traductor de *Los Miserables* de Victor Hugo.
20. Adaptador al árabe de las obras de Shakespeare.
21. Tradujo al árabe *Werther* de Goethe.
22. Traductor de Sófocles, Aristóteles, Racine, Voltaire, Gide.
23. Sobre la vida y obra de Sulayman al-Bustani, véase *Encyclopédie de l'Islam*. Suplemento 3-4, Paris, G. P. Maisonneuve Larose, 1981, p. 161-162.
24. Sulayman al-Bustani, *Iliyada Humirus*. Egipto, 1904, p. 76.
25. *Ibidem*, p. 74.
26. *Ibidem*, p. 78.
27. Véase *Kutub wa mu'alifuna*. Beirut, Dar al-kitab al-lubnani, 2ª ed., 1982, p. 217.
28. *Ibidem*, p. 204.
29. Véase *Ilm al-adab*. Beirut, Dar al-kitab al-lubnani, p. 426.
30. Véase "al-Taryama al-adabiyya", *ap.al-Taryama wanatariyyatu-ha*. Cartago, Bayt al-hikma, 1989, p. 107-144.
31. Véase Muhammad Zakariya `Anani: "Rifa-`a al-Tahtawi. wa-l-adab", *ap. Katib*, n. 189, diciembre 1976, p. 22.
32. Véase la introducción del libro *al-Fadila*. El Cairo, p. 5.